

« Tanto peor, ya está concluido mi sitio. »

Y no lo modificó.

El conde de Boulainvilliers (1638-1722) fué un político filósofo, un creador de sistemas y propagador de ideas medianamente generosas. Sus obras, que se publicaron todas después de su muerte, la *Historia del Gobierno de la antigua Francia*, la *Historia del Parlamento y de los Pares* son una paradójica apología del régimen feudal.

Más joven que él, el presidente Henault desempeñó un papel bastante importante en París. Su concepción del drama histórico merece cierto interés. Francisco Henault (1685-1770) había nacido con un temperamento que debía encamilarle á la vez hacia los estudios sólidos y la vida mundana. Supo aliar ambas cosas. Había contraído su afición á los estudios serios durante los dos años que pasó en el Oratorio, con propósito de entrar en las órdenes. Conservó un excelente recuerdo de aquel retiro amable.

Supo conquistarse un puesto y un nombre entre los eruditos de su tiempo. Su *Compendio cronológico* no ha pasado aún de moda. Voltaire le envió su *Siglo de Luis XIV* para que le diese su opinión. Le consoló el trabajo durante su vejez enfermiza, el día en que tuvo que renunciar á los placeres mundanos y vivir solo y retirado. Nunca había vivido solo durante su vida bastante mundana. Su padre, para disuadirle de la vocación religiosa, le había introducido muy temprano en los salones, le había comprado una caza en Corbeil, comunicándole muy temprano la afición al trato social.

Fué uno de los miembros más notables de muchos círculos y sociedades, como el Hotel Sully, la Corte de Sceaux, los salones de la Sra. de Lambert, de la mariscal de Luxemburgo y del duque de Nivernés. En su hotel, del que había alquilado una parte al abate Alary, se reunía el Club del Entresuelo. Su salón cuyos honores hacía su hermana, la Sra. de Jonzac, era muy concurrido. Había sucedido á Bernardo de Coubert en el cargo de superintendente de la casa de María Leczinska y le traducía los salmos en versitos de ópera cómica. Escribióle la reina un día esta esquelita : « Adivinad cuál es la mano que os dirige este pequeño saludo » ; y el presidente respondió muy amablemente :

Ces mots tracés par une main divine

Ne m'ont causé que trouble et qu'embaras.

C'est trop oser si mon cœur le devine,

C'est être ingrat que ne deviner pas¹.

1.

Estas frases trazadas por mano tan divina

Han llenado mi pecho de angustia y de inquietud;

Es harto atrevimiento si mi alma adivina;

Mas el no adivinarlo, sería ingratitud.

CAPÍTULO VI

HISTORIA Y CRÍTICA

El abate Fleury. — Vertot. — Boulainvilliers. — El Presidente Henaut. — El Teatro histórico. — Duclos. — Mably. — El Presidente de Brosses. — Dupaty. — Raynal. — Rulhiere. — El Diario de Barbier. — La Sra. Roland. — Mercier. — Los Críticos. — Marmontel. — La Harpe. — Los Sabios. — El abate Terrasson. — El Conde de Caylus. — El abate Barthelemy. — La Bibliografía. — El P. Niceron. — El abate Coujet.

Voltaire ha renovado y fundado la ciencia histórica, la filosofía de los hechos y la documentación segura. No insistiré sobre lo que antes escribí acerca de él. Algunos historiadores han dirigido sus estudios hacia el pasado con más exactitud aún.

El abate Fleury¹ (1640-1723) autor de la *Historia Eclesiástica* maravilló á su época no sólo por esta obra excelente, que le costó treinta años de trabajo y que el mismo Voltaire admiraba, sino por un rasgo de honradez y desinterés. Poseía desde hacía largo tiempo la abadía de Loc Dieu, cerca de Rodez cuando el rey le regaló el priorato de Argenteuil. El abate Fleury, por no acumular ambos beneficios renunció su abadía. Esto era tan nuevo que valió á Fleury la celebridad. Tan humano y tan hábil como Fenelón, le secundó, cuando la revocación del Edicto de Nantes en aquellas misiones de Santonge que trajeron al rey más conversiones que todas las dragonadas.

Vertot (1633-1725) nos ha referido con buen estilo las revoluciones de Portugal (1689), las de Suecia (1696) y sobre todo las de la República Romana (1719).

Aquel abate había sido primero cupuchino, pasó después á diferentes órdenes y cambió con frecuencia de beneficios; se dió á estos cambios el nombre de las *Revoluciones del abate Vertot*.

Su pasión por la exactitud era moderada, como lo prueba su célebre frase con motivo de su *Historia de la Orden de Malta* (1719). Escribió el famoso sitio de Rodas sin esperar los documentos que había pedido y que tardaban en llegar. Cuando por último le entregaron el paquete, exclamó :

1. El nombre del abate Fleury es muy popular en España y América á causa de su catecismo de *Historia sagrada* que todavía sirve de texto. (N. del T.)

La Sra. du Deffand y luego la Sra. de Castelmoron retuvieron sucesivamente á su lado á tan amable poeta, que sabía unir á su trabajo perseverante el arte delicado de presidir amables cenas y que mereció que cantase Voltaire :

El gran Henault famoso por sus cenas

Y su *Cronología*.

Tenía el presidente una afición muy viva al teatro, y más gusto que ingenio. Contienen sus obras varios dramas : *Mario en Cirta*, firmada por Caux de Montlebert el cual había hecho algunas correcciones ; el *Templo de la Quimera*, representado en el hotel de Belle-Isle y por el que Voltaire le felicitó en verso; *Cornelia vestal* que tuvo la honra de ser impresa por Horacio Walpole, en las prensas de su imprenta privada en Strawberry-Hill. Completan su repertorio tres comedias : el *Envidioso de sí mismo*; el *Despertar de Epiménides* y *La Casita*.

No obtenían sus obras más que un éxito mediano. Nos cuenta Collé que hizo encuadernar el *Hijo natural* con las obras dramáticas del presidente Henault y el *Temblor de Tierra de Lisboa* por el peluquero André, y puso en el lomo el siguiente título :

COLECCIÓN DE MONSTRUOS DRAMÁTICOS

Ahora bien, al leer un día á Shakespeare en el Nuevo Teatro Inglés del Sr. de La Place, se le ocurrió á Henault un género nuevo, y escribió la primera pieza, que había de ser la última, de un Nuevo Teatro francés. Nos explica cómo se le ocurrió la idea del mismo. « Como todo recuerda á nuestro espíritu los objetos en que más se deleita y cómo me ocupo bastante en historia, apenas he visto otra cosa en Shakespeare. » Felicitóse por haber sabido evitar sus « groserías y extravagancias » y le excusó á su manera. Así como los mismos monstruos son útiles á la anatomía, las tragedias de Shakespeare me han hecho observar una clase de utilidad en la que nunca hubiera pensado sin él. »

Sorprendióse el Presidente al encontrar en Enrique VI el relato claro y exacto de la guerra de la Rosa Roja y la Rosa Blanca. Llamóle la atención la claridad luminosa que arroja sobre los hechos el escenario. La memoria y la imaginación se ven dominadas mucho mejor por el drama que por la narración. Soñó en sustituir una por otro, en crear un género entre el teatro y la historia. Tomó del arte dramático sus recursos propios : la decoración, el diálogo, y los monólogos apasionados, y pidió á los anales los personajes, los hechos, la acción, todos los acontecimientos garantizados por una larga y paciente erudición. « Al leer *En-*

rique VI, he visto á los principales personajes de aquella época en acción; han representado su papel ante mí; he reconocido sus costumbres, sus intereses, sus pasiones, pues ellos me las han enseñado; y de pronto, olvidando que leía una tragedia, creí habérmelas con un historiador y me pregunté : « ¿ Por qué no se ha escrito de este modo nuestra historia? La historia instruye friamente porque sólo es un relato. No se detiene bastante en los acontecimientos, recoge en una intriga única todo nuestro interés, pues éste se enfría cuando la imaginación tiene que vagar por varias acciones diferentes. Así el historiador pinta friamente una serie larga y exacta de acontecimientos. La tragedia, vacía de hechos con relación á la historia, pinta fuertemente el único acontecimiento que intentó pintarnos. ¿ No podría resultar de su unión algo útil y agradable? »

El inventor es rara vez el que pone en práctica su idea. Henault quiso pasar de la teoría al hecho y la ejecución fué el escollo en que tropezó. Pero la idea sembrada iba á germinar.

Escribió Henault el drama que soñaba.

¿ Qué asunto escogió? El reinado de Francisco II. El sumario se encuentra en el Compendio cronológico en el año 1559. *Francisco II* no es más que un extracto dialogado. Los trozos del compendio están intercalados en las mallas mal urdidas de la pieza. Hay réplicas de la duquesa de Montpensier que reproducen el principio de un capítulo de la *Cronología*.

En el cuarto acto nos trasladamos á Fontainebleau. Después de una seria conferencia entre el cardenal de Lorena y la duquesa de Guisa, el duque de Nemours cae á los pies de la duquesa y le declara su amor, maravillándonos únicamente que aquella máquina de recitar sea capaz de experimentar movimientos del corazón. Dicho dúo no obtiene eco y el autor pone la siguiente nota al pie de la página : « Nada prueba que la duquesa de Guisa haya amado al duque de Nemours en vida de su marido. » Todo esto es aún torpe y tímido. El interés dramático se ve aún dominado por la pasión del documento. El autor se enorgullece por no haber omitido nada de lo esencial que pasó durante el reinado de Francisco; por no haberse permitido la menor alteración de los acontecimientos ni el menor anacronismo; leyó todos los historiadores que sobre éste habían escrito así como todas las Memorias del aquel tiempo, haciendo con ellas una especie de concordancia.

Resuelve sencillamente dificultades inútiles. Se inquieta por la unidad de las veinticuatro horas, y observa que la viola menos contando el reinado de Francisco II que sólo duró diez y siete meses que el de Francisco I que duró treinta y siete años. Sus personajes parecen hablar sin mirarse, recitar de memoria una lección de historia. Parece que se encuentra uno en un museo de figuras de cera. La Sra. du Deffand contaba

á Horacio Walpole, sucesor del Presidente en su corazón, que había abierto el *Francisco II*, que el prefacio le había parecido muy interesante; pero que, cuando quiso leer la pieza, se le cayó el libro de las manos. D'Argenson concedía á Francisco II su verdadero mérito. «En el teatrillo que hago construir en mi casa de campo, decía, quisiera que representasen piezas de este género; valdría más que retener de memoria papeles insípidos. Era teatro escolar y así lo consideraron.»

Aquel género de obras hubiera sido muy conveniente para las casas de educación en que se acostumbraba á dar representaciones dramáticas. Se hubiera hecho que estos juegos resultasen en provecho de la instrucción. La mayor parte de los jóvenes desanimados por la aridez de la historia, hubieran contraído la afición á ella y aquel estudio tan útil hubiera sido para ellos una diversión.

En realidad era esto poco; la idea en cuestión había de ser más fecunda. Señalaba el origen de un nuevo teatro, del teatro histórico francés. Era en 1746 una innovación el escribir:

¿ Por qué no habríamos de encontrar en nuestra historia intereses tan dignos de tratarse y pasiones tan grandes que pintar? ¿ Acaso el cardenal de Lorena y el duque de Guisa, meditando la pérdida del duque de Condé, no son tan interesantes como las confidencias de Tolomeo deliberando acerca de la muerte de Pompeyo? ¿ Acaso no son Carlos Quinto, y Francisco I y Enrique IV héroes dignos de figurar al lado de Nicomedes, de Sertorio y de Mitridates? ¿ Acaso no vale Francia tanto como el Ponto ó la Bitinia?

Estas verdades en aquella época necesitaban ser dichas. Hasta podían pasar por audaces sesenta años después de haberse excusado Racine de presentar á un sultán turco en la escena francesa.

Un solo crítico á quien no hay que juzgar per las invectivas de Voltaire, Freron, indicó el drama histórico en prosa del presidente como una pieza de teatro «de una especie nueva que no tiene que ver con las tragedias en prosa de Lamotte y que, sin presentar el lenguaje propio de Melpómene y sin preocuparse por la regla de las tres unidades, no deja de tener un interés general». Añade que le parece que esta obra puede iniciar un género nuevo lo cual era prueba de un espíritu previsor.

Desde la edad media, que vió algunos ensayos de drama histórico como la *Moralidad del Emperador*, pieza bastante curiosa; si exceptuamos la toma de Granada, en que Carlos Verardi puso en escena este acontecimiento contemporáneo, en vano se buscaría una obra digna de mención que pueda hacer constar la existencia de este género. La obra que pasa generalmente por el primero de nuestros dramas históricos, *el Sitio de*

Calais, de du Belloy es de 1765. Henault se le había pues adelantado diez y nueve años¹.

Los principios del género fueron humildes. Corría peligro de permanecer en la obscuridad si no lo hubieran ilustrado más obras que el *Cromwel* (1764), el *Enrique IV* de Collé, el *Carlos XI* ó el *Enrique VIII* de Chénier, la *Brunequilda* (1810) de Aignan, el *Juan sin miedo* (1821) el *Conradino y Federico* de Liadieres, el *Clodeveo* de Viennet, el teatro de Raynouard, de du Belloy, de Lafosse, de La Chaussée, de Lemercier, de Ancelot, de Alejandro Duval, etc.

Pero viene el romanticismo y pone en obra todos aquellos materiales que el presidente Henault acumuló á la puerta del teatro² y se ilumina la escena; la decoración toma su color local, se hunde el vestibulo grisáceo de la tragedia clásica y resucita el pasado con toda su verdad, sus matices, el esplendor de sus evocaciones, con todo el dolor, el odio ó el amor de su alma vivificada de nuevo por la magia del recuerdo, el talento del dramaturgo y la imaginación del público.

Henault había llevado la historia á los confines del drama; Duclos la condujo hasta los de la novela.

Dinan es una de las ciudades pintorescas de Bretaña, con sus fortificaciones que dominan el valle sinuoso del Rance y los imponentes vestigios de su viejo castillo. Una de su calles se llama calle Duclos. El que la bautizó fué alcalde de la ciudad, historiógrafo de Luis XV, novelista encantador, conversador incansable, escritor estimado; fué Duclos, nacido en Dinan (1704-1772), enviado muy joven á París, confiado al cochero de la diligencia como un paquete, olvidado en las oficinas del coche, llevado á un hospicio de Charonne, criado de cualquier modo, amigo de todos los pilluelos de la capital, apaleador de la ronda en el puente de San Miguel, asiduo parroquiano del café Procopio ó de Gradot, colaborador de pequeñas publicaciones licenciosas como *los Huevos de Pascua*, autor de las escandalosas *Confesiones del conde de...* y del bonito cuento: *Historia de la baronesa de Luz*, episodio de tiempos de Enrique IV (1741) y modelo de novela histórica. Si tiene aún algún mérito

1. En nuestro teatro clásico abundan los dramas de carácter histórico según ya se ha hecho notar. En los siglos xvii y xviii, éste género decayó, primero por la decadencia general de España, y segundo porque las nuevas ideas literarias de la escuela francesa introducidas por Luzán, Montiano, etc., etc., no eran las más á propósito para fomentar su cultivo.

(N. del T.)

2. En España iniciaron mucho antes este movimiento Jovellanos, con su *Munusa*, Huerta con su *Raquel*, Quintana con su *Pelayo*, etc., obras escritas conforme á los cánones de la tragedia clásica. Sólo algunos años más tarde, en pleno romanticismo, renació nuestra tradición teatral con los dramas de Zorrilla, Ortiz de Zarate, etc., etc.

(N. del T.)

su *Historia de Luis XI*, es preciso concederle más aún á sus *Consideraciones acerca de las costumbres de este siglo*, cuadro de costumbres interesante, ya porque este historiógrafo lo ha visto, leído, apuntado y observado todo, ya porque pintaba una época cuya licencia convenía á á su talento y á su naturaleza de muchacho mal criado y desharrapado. Por lo menos debió á este género de vida y á su brusquedad ciertas cualidades de franqueza y de valor, el horror á la mentira y á la hipocresía.

En la Academia francesa, á la que perteneció, se opuso á las proposiciones que se hicieron para permitir que el príncipe de Clermont asistiese á las sesiones con alguna señal distintiva y que se viese dispensado el mariscal de Belle-Isle de las visitas académicas. Defendió noblemente la dignidad de las letras y la igualdad de las dos aristocracias del nacimiento y de la inteligencia y se atrevió á declarar:

No son los tiranos los que hacen los esclavos, sino los esclavos los que hacen los tiranos.

También decía de los grandes señores que parecían despreciar á los literatos:

Nos temen como los ladrones temen á las farolas.

Tenía modales rudos, sin la menor flexibilidad. Nos recuerda á Lesage, otro bretón que, habiendo ido á casa de la duquesa de Bouillon para leer su *Turcaret* y disgustado porque le hacían comprender que había llegado tarde, se marchó con su manuscrito debajo del brazo sin abrirlo siquiera. Tenía Duclos las mismas amenidades. Invitado á una comida oyó anunciar al Sr. de Calonne. Entonces se levanta y dice, al marcharse, al amo de la cosa:

¿Ignoráis que ese hombre y yo no nos podemos sentar á la misma mesa?

Historiógrafo de la corte, enredado entre los cortesanos, oía sus conversaciones llenas de detalles fútiles acerca de la vida del rey, y de las diversas ceremonias que acompañaban á todas sus acciones, y hacía esta reflexión que le pinta bien á lo vivo:

Cuando como en Versalles me parece que estoy en la cocina y que oigo á los lacayos que hablan de lo que hacen sus amos.

Es Duclos una figura interesante y demasiado olvidada, convendría repasar estos trazos borrosos y hacer revivir al agradable novelista his-

tórico y al hombre de ingenio que escribió esta frase de porte tan moderno:

No se reiría ya en Francia si no tuviéramos las tonterías del gobierno.

Mably (1709-1785) compuso en 1767 una obra, *Estudio de la Historia*, que parece escrita al día siguiente de la Revolución por las numerosas visiones proféticas y las sabias advertencias que encierra. Le habían encargado de la instrucción del joven duque de Parma y á él estaba destinado este libro; empieza por estas palabras que parecen dirigirse al rey de Francia: «No conocéis la desgracia, casi diré la miseria de vuestra condición». Y más lejos añade: «¡No creáis, Monseñor, lo que os digan del amor de las naciones por sus reyes!» Luis XVI encontró la obra incendiaria y la prohibió en Francia. Mejor hubiera hecho en meditar sus lecciones. «Para una reforma, decía Mably, guardaos muy bien de emplear la astucia y la habilidad, sólo calmaríais los espíritus un momento y, después de haber sido engañados una vez, no querrían ya prestar oídos á la misma verdad.» No había de tardar el porvenir en darle la razón.

Su contemporáneo, el presidente de Brosses (1709-1777), recuerda á la vez á Montesquieu y al abate Galiani. Consejero y luego presidente del parlamento de Borgoña, pasó la vida escribiendo una vasta y árida obra de erudición, una *Historia Romana*, inspirada en Salustio y en la *Grandeza y Decadencia de los Romanos*. Cotejó manuscritos, reunió medallas, registró bibliotecas para aquel austero trabajo que no vió la luz sino casi á su muerte. Pero no es éste más que uno de los aspectos de su ingenio y de su carácter, y el autor de la *Historia Romana* es muy diferente de lo que se podría imaginar al leer su libro. Era excesivamente pequeño, más pequeño que el mismo Galiani; fué preciso encaramarle en un escaño cuando sostuvo su tesis. Tenía, nos cuenta Diderot, una cabecilla alegre, irónica y faunesca. Salido de su Parlamento era el hombrecillo más alegre que se vió en Borgoña, donde no abunda sin embargo la melancolía. Á los veinte años, con un primo suyo y dos amigos, borgoñones todos y gente alegre, se le ocurrió visitar á Italia. Sus compañeros le tomaron de secretario y se encargó de escribir para todos los amigos de Dijon, para el gordo Blancey y el bueno de Quantin y para las lindas damas de la ciudad, la relación de su viaje. Tal es el origen de sus *Cartas de Italia* tan llenas de descripciones chistosas y de relatos divertidos. Visitó á Génova, Milán, Florencia, Roma, Nápoles y Venecia. Se interesó por los cuadros, las estatuas, los paisajes y las costumbres de la sociedad. Tenía el espíritu curioso y

estaba lleno de apuntes. Sus aficiones artísticas son las de su siglo. Miguel Ángel le parece demasiado feroz, mientras que Rafael le gusta y el Corregio le entusiasma. Escribió sus impresiones á la ventura, pero sabía encontrar expresiones ingeniosas y pintorescas. Ve las cosas de un modo divertido: el lago Mayor es un « mequetrefe que se las quiere echar de Océano », el Durance parece una « decoción de pizarras ». Aun hoy día, después de tantas otras impresiones de Italia, las *Cartas* del presidente de Brosses son una lectura amena.

Más adelante tuvo pocas ocasiones de salir de Dijon. Una mala hectárea de monte que había vendido á Voltaire, le valió innumerables molestias y su adversario acabó por vengarse impidiéndole la entrada en la Academia.

El Presidente de Brosses tuvo, á fines del siglo, un imitador, Dupaty (1744-1788) magistrado como él y presidente del Parlamento de Burdeos, que publicó en 1788 *Cartas de Italia*. Pero Dupaty es filósofo y mezcla con sus impresiones muchas declamaciones sobre la política; su libro, escrito para el público en general y no como el de Brosses para el placer de algunos amigos, no tiene tanto encanto como aquel. Dupaty cuyo gusto no es muy seguro en materia de arte, expresa su admiración con términos exagerados. Se enternece hasta las lágrimas y alaba magníficamente el genio humano. Ya se conoce que por allí pasó Rousseau. Hicieron principalmente el éxito del libro las reflexiones filosóficas que esmaltan la obra y sobre todo el hecho de haber sido prohibida por Roma.

Entre los libros que prepararon el camino á la Revolución y señalaron algunas de las reformas necesarias, es preciso citar el de Reynal (1711-1796), *Historia filosófica de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*. Esta obra, interminable como su título, contiene los elementos más diversos: relatos de colonización, estadísticas comerciales, informes acerca de los diferentes cultivos, reflexiones filosóficas, digresiones acerca de las costumbres de los blancos á propósito de las de los negros, violentas declamaciones contra la cupidez y el fanatismo. El abate Reynal, amigo de Diderot, d'Alembert, y Holbach no habla de los salvajes sino para mostrar la maldad de los hombres civilizados. La obra era desigual, indigesta y mal compuesta; gustó sin embargo á causa de lo chistoso de las anécdotas, y del atrevimiento de las opiniones; además había aquí y allá páginas admirables y no se sabía aún que no eran de Reynal¹, sino de Diderot. En la segunda edi-

1. Inútil es decir que España queda muy mal parada en el libro del abate Raynal. En confirmación de esto, dice el marqués de Valmar, haciendo el elogio del patriotismo de los jesuitas expulsados de España en tiempo de Carlos III: « El P. Juan Nuij advirtiendo con profundo disgusto las malignas acusaciones de pomposa filantropía con que el simoníaco Raynal y

ción del autor, que seguía anónimo, se hacía más atrevido, revelaba nuevos abusos é indicaba todo un plan de reformas. Por último, en 1780 se despojó del anónimo. El efecto fué inmediato, le desterró de Francia el Parlamento y fueron confiscados sus bienes. La convocación de los Estados y la apertura de la Constituyente volvieron á traer á Reynal á Paris, pero aquella revolución, que tanto había deseado, le espantó. En una carta que escribió á la Asamblea y de la que no se hizo el menor caso, condenó públicamente la obra que le había hecho célebre y suplicó á sus antiguos amigos que abjurasen aquel error. Era ya demasiado tarde y tuvo que mirar arder el incendio que él mismo había ayudado á encender.

También Rulhiere (1735-1781) se dedicó á la historia casi por casualidad.

Cuando regresó de San Petersburgo, adonde había seguido como secretario de embajada al barón de Breteuil, traía acerca de la corte de Rusia anécdotas divertidas y no se cansaban en los salones de pedirle detalles sobre aquella extraña revolución de Palacio que acababa de colocar á Catalina II en el trono, suprimiendo tan bonitamente á Pedro III. Y Rulhiere, que había tenido la suerte de asistir á todos aquellos acontecimientos, los refería muy bien. Le aconsejaron que los escribiera. Lo hizo para sus amigos y el libro obtuvo el mayor éxito. De tal suerte que, poco después, le encargaron que escribiese una historia de las agitaciones de Polonia, para el delfín.

Estos dos libros no le igualan con Tucídides, como lo pretende Andrés Chénier; pero su lectura es agradable y abundan en datos muy estimables.

El siglo diez y ocho fué muy aficionado á las memorias. Gustaba de observarse, estudiarse y analizarse, tomando apuntes de sí mismo. Empleó en ello muchos cuadernos y en ellos se describió y contó con complacencia. Obsérvanse ya los primeros síntomas del lirismo y del romanticismo.

¡ Cuántos nombres se leen en el lomo de aquellos tomos nuevos que se publicaron más tarde cuando se encontraron los manuscritos olvidados en las gavetas de viejos escritorios y vargueños: Collé, Bachaumont, Buvat, Marais, Argenson, Luynes, Staal de Launay, Marmontel, la Sra. Roland, la Sra. de Hausset, la Sra. de Epinay, Rousseau, Bezen-

otros escritores enciclopedistas intentaban vilipendiar la dominación española en América, salió á su defensa, rebatiendo con patriótico espíritu las exageraciones del declamatorio sentimentalismo de la escuela enciclopedista. » (N. del T.)

val, Genlis¹ Ya he hablado de muchos cuando se presentó la ocasión; de los demás tomaré algunos ejemplos típicos de este género. Uno de los más notables del siglo XVIII antes de la Revolución, es el abogado Barbier, de quien voy á hablar ahora.

Con frecuencia citan al abogado Barbier, para compararle con nuestros cronistas modernos, que componen la historia de su época con los menudos acontecimientos de cada día, que son los historiadores de la vida de París, que recogen para lo porvenir los ecos, las indiscreciones, las anécdotas, los chismes, y saben ver el lado pequeño de todos los acontecimientos. Son los memorialistas del periodismo y cuando se habla de ellos es costumbre el citar á sus antepasados: Saint-Simon, Buvat, Metra, Grimm, Collé, sin olvidar nunca á Barbier, autor de una interesante crónica de la Regencia y del reinado de Luis XV.

Diario: escribió al frente de sus volúmenes manuscritos. Ningún título hubiera sido más justo, pues estas memorias encierran exactamente las materias que constituyen nuestros diarios: boletín político, ecos, gacetillas, crónicas de los tribunales, deportes, noticias del mundo sabio y literario, noticias de los teatros, de los cafés y de las calles. Las dimensiones respectivas que concede á cada una de estas rúbricas, enlazadas unas con otras, pero que son fáciles de desenmarañar, hacen constar suficientemente sus predilecciones acostumbradas y nos dan informes acerca de su carácter.

Ocupa en su diario un lugar muy importante la vida parlamentaria y judicial.

Los tribunales, asesinatos, crímenes, accidentes, incendios, inundaciones, robos son objeto de crónicas amplias y escrupulosas.

Refiere principalmente la vida de la ciudad, las calles, los acontecimientos públicos, lo que nosotros llamamos las gacetillas. Sabido es que no es ésta la parte menos interesante de un periódico y que gran número de lectoras empiezan siempre por ella la lectura de las hojas públicas. La colección de Barbier es animada, varia y agradable de leer.

Es el calepino de un excelente burgués, de espíritu neto y justo, que de todo ha oído hablar y ha consignado durante cincuenta años sus impresiones y sus recuerdos, sin gran filosofía, sin muchas ideas generales ni geniales, pero con elegancia é ingenio.

Su pariente, el abate de Intreville, escribía: « No fué un hombre de partido ». Era en cambio un hombre de buen humor.

El mérito de sus *Memorias* es complejo.

1. Desgraciadamente en España por falta de público, en gran parte, por sobra de políticos y de vividores y por las mezquinas condiciones de las empresas editoriales, permanecen inéditas multitud de obras de crítica, de historia, etc., harto más dignas de la publicidad que muchísimos adefesios que salen á luz. (N. del T.)

En primer lugar es el único documento que tenemos de aquella época. El *Diario* empieza en 1718 y las *Memorias* de Saint-Simón acaban en 1723.

El *Diario* acaba en 1763 y las *Memorias* de Bachaumont empiezan en 1762.

Así pues, entre Saint-Simon y Bachaumont había una laguna, fuera de los cinco años de 1721 á 1726, que Mateo Marais nos ha referido también, aunque de otro modo.

Esta laguna importante está salvada por Barbier, cuya crónica sirve de puente entre una y otra.

El segundo mérito es la independencia. Como no estaba destinada á ser publicada, por lo menos inmediatamente, no guarda Barbier ningún miramiento. Escribe su pensamiento. No está como las gacetillas sometido á la aprobación y al privilegio del rey; por eso es más libre, más personal. Trata asuntos que el *Mercurio de Francia*, por la misma época, se guardaba muy bien de citar. Al hablar del Parlamento, « *la Gaceta de Francia*, dice Barbier, no habla nunca de los asuntos de aquella corte soberana ». Puede añadirse que las demás publicaciones periódicas, es decir el *diario de Verdun* y el *Mercurio de Francia* no hablan tampoco de ella. Por lo menos lo que refieren es tan sucinto y está tan truncado que no presenta el menor interés. Quizás incurre Barbier en otro exceso. Registra minuciosamente un día tras otro los pasos dados por el Parlamento; las resoluciones adoptadas en las asambleas particulares, las fases variables de la lucha que sostiene el gran cuerpo de la magistratura contra la corte de Versalles y el clero.

No tiene nada que temer y puede hacernos libremente sus declaraciones muy liberales y á veces libertinas. No es cosa despreciable el poseer el fondo del pensamiento de un rico burgués del siglo XVIII acerca de los acontecimientos de su tiempo. Al leerlo nos dan ganas de ocultarnos como si desafiásemos á Versalles. ¿ Qué hubiera hecho el rey, si hubiera sabido que se permitía Barbier escribir en su casa, á puerta cerrada, unos párrafos como el siguiente? :

« Empieza á creerse que el carácter del rey sea feroz y perverso. Parece bastante serio y taciturno, pero ha hecho una cosa fea la semana pasada.

Tenía una cierva blanca que había criado él mismo, que no comía más que en su mano y que quería mucho al rey. La hizo llevar á la Muette, diciendo que quería matarla. Allí la hizo poner á cierta distancia, y tiró y la hirió. El animal acudió al Rey que lo acarició, lo hizo alejar de nuevo, volvió á tirar por segunda vez y lo mató. Esto ha parecido bastante duro á muchos. Se cuenta que suele hacer lo mismo con sus pájaros. »

Aprovecha así, en todo, esta licencia y puede decirse que el depósito de